
Una relación difícil: las tensiones entre la medicina y los medios de comunicación

D. Nelkin

Introducción

Las tensiones entre la medicina y los medios de comunicación se deben, en su mayor parte, a las diferentes perspectivas sostenidas por los científicos biomédicos y los periodistas, como se subraya en este artículo, el último de la serie sobre medicina y medios de comunicación. Estas tensiones surgen por la distinta percepción a la hora de explicar las noticias científicas, por los conflictos sobre los estilos de divulgación científica y, por encima de todo, por la falta de acuerdo sobre el papel de los medios de comunicación. En la década de los noventa, los científicos están particularmente preocupados por los mensajes transmitidos por los medios de comunicación en los que se cuestiona su credibilidad. Puesto que los científicos y los periodistas dependen unos de otros en cuanto a la comunicación científica y a la formación de la opinión pública sobre ciencia y medicina, es probable que las tensiones aumenten.

En 1993, un experimento efectuado en un laboratorio de la Universidad George Washington suscitó un considerable revuelo en los medios de comunicación. Los investigadores habían «duplicado» un embrión humano inviable para crear embriones adicionales, pero los periodistas escribieron sobre el experimento como si se tratara de una tecnología de clonación para la producción en masa de seres humanos. En tanto que los científicos consideraron su investigación como una con-

tribución a la técnica de la fertilización in vitro, los periodistas imaginaban la implantación de factorías de criaderos selectivos, la producción de niños como donantes de órganos y una industria de clonación para la venta de réplicas de seres humanos. La revista *Time* publicó un artículo titulado «La nueva era de los seres humanos troquelados», para los medios de comunicación, los científicos médicos estaban «jugando a ser Dios»¹.

Este incidente ilustra las diferencias de las perspectivas de los científicos biomédicos y los periodistas. A pesar de la creciente interdependencia en el mundo «mediatizado», estas dos profesiones discrepan con frecuencia en cuanto a su interpretación de los temas científicos que entrañan un interés periodístico, a sus estilos de divulgación y a su visión del papel de los medios de comunicación. Los autores de los anteriores artículos de la serie sobre medicina y medios de comunicación ya han comentado estas diferencias²⁻⁸. El presente artículo, el último, se centrará en ellas, puesto que son estas diferencias las que subyacen en las tensiones que, con toda seguridad, crecerán en los años venideros, a la vista de los cambios significativos que están teniendo lugar en la cara pública de la ciencia.

Explicando las noticias

Para los científicos, la investigación adquiere el carácter de fidedigna y, por tanto, tiene interés periodístico, a través de la contrastación con y el respaldo de los colegas de profesión. Los hallazgos de las investigaciones son inciertos, no asimilados, preliminares y, por tanto, carecen de interés periodístico, hasta que otros expertos certifican que encajan en el marco de los conocimientos existentes^{8,9}. Para los periodistas, en cambio, las ideas establecidas pueden ser «noticias pasadas» y de mucho menos interés que la investigación recién

Traducción del artículo: Nelkin D, *An uneasy relationship: the tensions between medicine and the media*. *The Lancet* 1996; 347: 1.600-1.603. Con permiso de The Lancet Ltd. y de Ediciones Doyma S.A. (Nelkin D, *Una relación difícil: las tensiones entre la medicina y los medios de comunicación*. *The Lancet* [ed. esp.] 1996; 29: 249-253).

te o espectacular, aunque posiblemente incierta. Cuando se pretende entretener y al mismo tiempo informar, los periodistas se sienten atraídos hacia acontecimientos fuera de lo corriente, especialmente, hacia aquellos que no suscitan una inquietud inmediata entre gran parte de los lectores y, como ha indicado Vladimir de Semir (*The Lancet* 27 de abril, pág. 1.163)³, hacia lo que atrae a los editores que controlan, en definitiva, lo que aparece en la prensa. Con una notable variación en su importancia, los acontecimientos de interés periodístico han incluido la última información sobre salud y dietética, el descubrimiento de mutaciones genéticas relacionadas con la susceptibilidad al cáncer, nuevos tratamientos para las arrugas cutáneas o la alopecia y los efectos de los implantes de silicona sobre la salud. Los medios de comunicación se sienten especialmente atraídos por las controversias. El experimento de la «duplicación» de embriones cumple claramente los requisitos; fue de interés periodístico no porque representara un avance científico importante, sino porque dio argumentos de la inquietud a la opinión general sobre la «manipulación genética» y sobre los temores de clonación de seres humanos tipo «Frankenstein». Y, en el contexto de la ruidosa oposición de los antiabortistas contra la investigación en fetos y embriones, el experimento era inevitablemente controvertido^{10,11}.

De especial interés periodístico son los escándalos (desde los experimentos con radiaciones en seres humanos durante la Guerra Fría, pasando por la falsificación de datos para la investigación sobre tratamientos alternativos para el cáncer de mama, hasta los abusos éticos de la información genética). La ciencia rutinaria tiene menos interés periodístico que los problemas. Sin embargo, la definición de un «problema de interés periodístico» depende del contexto político. En 1986, en el momento de máxima sensibilización sobre la Guerra Fría, los medios de comunicación ignoraron virtualmente un inquietante programa de experimentación sobre los efectos de la radiación sobre los seres humanos, efectuado por el Departamento de Energía de los EE.UU. (*US Department of Energy*) (DOE). Los investigadores y los activistas aportaron detalles para llamar la atención de los medios de comunicación a través de conferencias de prensa y documentación masiva¹². Pero los medios de comunicación respondieron con el silencio. Por consiguiente, en 1986, un subcomité de la Cámara de Representantes (House of Repre-

sentatives) presidida por el congresista Edward Markey, investigó el programa del DOE y preparó un provocativo informe titulado «Conejillos de Indias nucleares americanos: tres décadas de radiación sobre ciudadanos de los EE.UU.» que fue publicado, pero como noticia de contraportada. Siete años después, los medios de comunicación, que ya no estaban constreñidos por los valores de la Guerra Fría, dieron cobertura al mismo material en forma de una historia dramática de primera plana, tratada como «revelaciones». Y a la luz de la inquietud creciente sobre la perversión científica, los periodistas no sólo sondearon los archivos gubernamentales de las instalaciones del DOE, sino que también buscaron escándalos similares en los archivos médicos de las universidades locales.

«Muchas de las acusaciones de falta de precisión no tienen otro origen que los esfuerzos de los periodistas para presentar un material complejo de una manera nueva y atractiva.»

El fraude de la ciencia es periodísticamente interesante de una manera especial porque viola de modo flagrante las normas aceptadas¹³. Para los científicos, el fraude es una rareza y refleja una aberración individual. Los científicos interpretan el problema como una falta de moral profesional, e insisten en que la ciencia se autocorriga y que los problemas pueden y deben dirimirse en el seno de la comunidad científica. Los periodistas, sin embargo, interpretan los casos de fraude como fracasos colectivos y utilizan sus artículos para cuestionar las suposiciones tradicionales sobre la ciencia. ¿Se puede dar por supuesta la honestidad científica? ¿Ofrece suficiente protección contra el fraude la revisión por expertos? ¿Son capaces los científicos de controlar la integridad de la «gran ciencia» cuando en un estudio participan muchos investigadores y diversas instituciones?

En 1994, por ejemplo, el periodista John Crewdson expuso un caso de falsificación de datos en uno de los hospitales que participaba en un amplio estudio clínico sobre la eficacia relativa de la tumorectomía y la mastectomía como tratamientos oncológicos¹⁴. La historia provocó semanas de indignada cobertura mediática. El director del programa de investigación había decidido no revelar el incidente porque, según su juicio profesional, la falsificación en aquel único hospital no afectaba la va-

lidez de los resultados finales de la investigación. Pero los periodistas estaban convencidos de que la opinión pública tenía derecho a saber cualquier posible manipulación en un estudio de tan importantes implicaciones clínicas; la transparencia, insistían, era esencial. Centrándose en el retraso de la notificación, los periodistas construyeron el entramado para la cobertura del caso en términos estructurales como la evidencia de un fallo en el mecanismo de control de los proyectos a gran escala. Condenaron a los investigadores envueltos en el incidente, a la organización que coordinaba los estudios clínicos y al *National Cancer Institute* (NCI) que había patrocinado la investigación y era el responsable de la vigilancia de la misma.

Los medios de comunicación también han difundido los cambios producidos en las fuentes tradicionales de subvención de las investigaciones, cuestionando la influencia de la creciente financiación del sector privado sobre la integridad de la ciencia. Para los científicos, las inversiones privadas constituyen un sustituto bienvenido ante la disminución de los fondos públicos y los mismos científicos confían en la objetividad de la ciencia para mantener la integridad de la investigación en situaciones en las que se pueden producir conflictos de intereses¹⁵. Los investigadores no consideran que las fuentes de financiación sean una noticia importante. Pero los periodistas, con frecuencia, opinan sobre el origen de los beneficios de los científicos académicos y la atmósfera de «fiebre del oro» en algunos campos de la biomedicina¹⁶. Albergando un concepto de la ciencia como una profesión objetiva e inmaculada, los periodistas científicos llaman la atención hacia los intereses no médicos (las especulaciones empresariales y la búsqueda de beneficios) que guían a la ciencia y sus aplicaciones clínicas¹⁷. Desilusionados retratan, a menudo, a los científicos como magnates, mercaderes o millonarios moleculares.

Las tensiones referentes a la explicación de las noticias científicas se amplifican por investigadores ambiciosos que buscan la cobertura de los medios de comunicación para la investigación «caliente», antes de haber pasado por el laborioso proceso de la revisión por expertos. Científicos de la Universidad de Utah acudieron a los medios de comunicación con sus proyectos sobre la fusión fría con la esperanza de que ello atraería capital empresarial para la investigación¹⁸. Psicólogos conductuales de la Universidad de Minnesota buscaron la publi-

dad de la prensa para sus estudios sobre gemelos idénticos cuando las revistas biomédicas rechazaron su trabajo¹⁹. Los científicos que estudiaban la predisposición biológica a la homosexualidad anunciaron públicamente unos resultados preliminares antes de que aparecieran en una revista con proceso de revisión por expertos. Los genetistas que trabajan en campos sumamente competitivos y potencialmente lucrativos, tales como los de la genética del cáncer, son fuentes especialmente agresivas de información para la prensa. Atraen el interés de los medios de comunicación hacia sus investigaciones indicando sus implicaciones terapéuticas, aun cuando éstas pueden quedar para un futuro muy lejano: «La largamente esperada era de la curación genética ha llegado por fin» escribió un científico en 1993²⁰. El biólogo molecular French Anderson, efusivo sobre el futuro de la terapia genética, manifestó a un periodista de *Time* que «Los médicos tratarán sencillamente a sus pacientes inyectándoles un retalito de ADN y los mandarán a casa, curados»²¹. El aislamiento del gen del cáncer de colon hizo que un entusiasta científico declarara a un periodista del *New York Times*: «La muerte se puede evitar»²².

Los científicos creen que la visión nacional a través de los medios de comunicación es útil para garantizar una política científica favorable y el respaldo económico imprescindible para sustentar las costosas instalaciones donde se desarrollan las investigaciones. Algunos utilizan los medios de comunicación para promover programas ideológicos que consideran pueden tener importancia social. Cualesquiera que sean sus motivos, los científicos y las instituciones a las que pertenecen están cada vez más deseosos de definir las noticias científicas y dar forma al contenido y al estilo de la comunicación científica. Su fiabilidad y su honestidad como fuentes de información, como ha indicado Tom Wilkie (*The Lancet* 11 de mayo, pág. 1.308)⁵ son de importancia crítica para la calidad de la ciencia y la información médica.

Estilos de comunicación

En 1924, el director de la primera agencia de noticias científicas describió su visión sobre el periodismo científico: «El público al que intentamos llegar está al mismo nivel cultural como cuando las terneras de tres cabezas, los siameses y las mujeres barbudas atraían a las masas a las barracas de feria». Ése era el mo-

tivo, explicó, por el cual, habitualmente, se escriben las noticias científicas en frases cortas con abundancia del adverbio «más»: «Lo más rápido o lo más lento, lo más grande o lo más pequeño y, en todo caso, lo más innovador del mundo»²³.

A este respecto, poco ha cambiado. En la década de los noventa, la investigación sobre la clonación de embriones, las gestantes posmenopáusicas y los cerdos obtenidos a través de ingeniería genética es lo que atrae lectores y vende periódicos. Y los periodistas destacan el acelerador de partículas más grandes, las técnicas de bioingeniería más innovadoras, las tecnologías más arriesgadas. Ciertamente, el estilo periodístico ha sido notablemente constante a través de los años. De igual manera que los científicos, ávidos de promocionar su último descubrimiento, contribuyen a la hipérbolo, el estilo periodístico científico ha constituido una fuente continua de tensión entre la medicina y los medios de comunicación.

Tanto los científicos como los periodistas están comprometidos en comunicar la verdad, y las tensiones en torno a la divulgación científica tienen más que ver con el estilo que con la exactitud. Las limitaciones de los medios de comunicación, es decir, tiempo, concisión y sencillez, impiden la documentación cuidadosa, las cuestiones de matiz y las reservas precautorias que los científicos creen necesarias para presentar sus trabajos. En tanto que los científicos están habituados a estimar con reservas sus observaciones, los periodistas ven en ello un camuflaje protector. Además, la legibilidad a los ojos de un periodista puede representar una simplificación para un científico. Muchas de las acusaciones de falta de precisión no tienen otro origen que los esfuerzos de los periodistas para presentar un material complejo de una manera amena y atractiva²⁴.

Los esfuerzos llevados a cabo por los periodistas para captar la atención del público pueden violar las normas científicas. Para crear un punto de vista de interés humano, buscan historias personales y casos individuales, aunque ello pueda distorsionar la investigación que tiene sentido únicamente en un contexto estadístico más amplio. De modo similar, para convencer a sus editores del interés periodístico de una historia científica, los periodistas insistirán en la singularidad de acontecimientos individuales (el «primer» descubrimiento, el principal «avance»). Aunque los propios científicos contribuyen al síndrome del avance, habitualmente, están comprometidos con la idea

de continuidad y con la naturaleza acumulativa de la investigación.

La preocupación periodística por el conflicto, con el propósito de atraer el interés de los lectores, es otra fuente adicional de tensiones. Al cubrir las controversias sobre riesgos (tales como el debate sobre los implantes mamarios de silicona), los periodistas crean polaridades; una tecnología médica es o muy arriesgada o totalmente segura²⁵ (panel I).

La cobertura que los medios de comunicación han prestado a la biotecnología ha ido desde las visiones optimistas de las curaciones milagrosas hasta las imágenes de científicos perturbados y de una industria fuera de control. En los medios de comunicación, la genética es la «historia médica del siglo», porque va a «desvelar los secretos de la vida» y «permitir la predicción y el control de las enfermedades». Aunque siempre está la otra cara de la historia: «Acechando detrás de cada sueño genético hecho realidad hay una posible Nueva Era de pesadilla... alguien que jugará a ser Dios con los genes humanos». Las normas de la objetividad en el periodismo precisan que se dedique «igualdad de tiempo» a los diferentes puntos de vista (para equilibrar las afirmaciones conflictivas). Ésta es una fuente de irritación para los científicos, puesto que los estándares científicos de la objetividad no requieren ni equilibrio ni igualdad de tiempo, sino la verificación empírica de las hipótesis opuestas²⁶.

Las diferencias en el uso del lenguaje contribuyen a las tensiones entre la medicina y los medios de comunicación. Ciertas palabras utilizadas rutinariamente por los científicos tienen un significado diferente para los lectores profanos. Los científicos utilizan la palabra «epidemia» para describir una acumulación de incidentes sanitarios cuya frecuencia es superior a la esperada; para un profano, una epidemia implica una enfermedad que se disemina de manera desenfrenada. La palabra «evidencia» también tiene múltiples significados. Los bioestadísticos asignan a evidencia un concepto estadístico; los lectores de revistas biomédicas pueden definir el experimento crítico como evidencia; el profano, como los periodistas, acepta como evidencias creíbles las informaciones anecdóticas o los casos individuales. De manera similar, la palabra «predisposición» tiene diferentes implicaciones: para los científicos, una predisposición a una enfermedad genética es menos una predicción que un cálculo de riesgo estadístico; sin embargo, en los artículos de los medios de comunicación este

Panel I: La polarización de la cobertura del sida por los medios de comunicación

La polarización de la cobertura del sida en los medios de comunicación norteamericanos ha sido notoria. Por un lado, los artículos publicados en los medios de comunicación han tranquilizado al público al enmarcar al sida en términos de «grupos de alto riesgo». Por otro lado, las historias y los titulares sensacionalistas alarman a los lectores sobre una «plaga mortal».

Durante la década de los ochenta, las nuevas historias fueron configuradas mediante juicios morales sobre la homosexualidad, responsabilizando de la enfermedad a la promiscuidad y a la conducta «inmoral». El sida, según la prensa, no era una infección viral, como la hepatitis, sino una «enfermedad de transmisión sexual» como la sífilis. En la búsqueda de una causa, la mayoría de periodistas utilizaron un lenguaje de culpabilización y repulsa. Incluso cuando la atención se volvió hacia el creciente número de adictos a drogas por vía intravenosa y de mujeres y niños con sida, los periodistas describían el sida como la enfermedad de «otros»: *gays*, drogadictos, africanos, haitianos o personas con estilos de vida marginal. Este tratamiento informativo fue muy eficaz para confinar la infección en un *ghetto*. Se trataba de *su* problema, quizá afectara a mujeres y a niños, pero no era una enfermedad de la comunidad. Efectiva y sistemáticamente, los medios de comunicación no han reflejado el profundo impacto del sida sobre la cultura, las instituciones sociales (atención sanitaria, servicios sociales, instituciones penitenciarias) y la familia.

A medida que los estudios epidemiológicos han demostrado la creciente diseminación de la infección, los medios de comunicación han sensacionalizado el tema centrándose en la vulnerabilidad de todo el mundo. Un artículo de la revista *Life*, por ejemplo, anunciaba: «El sida escapa de los grupos de alto riesgo». «Nadie está a salvo del sida». Un titular de la revista *Times* decía: «Una plaga siembra el pánico». Los titulares atraían la atención hacia la «nueva epidemia mortal», «la salud pública en peligro por la amenaza del siglo».

Cuando se reconoció que el sida constituía un serio problema médico, los editores reclutaron a los periodistas médicos más experimentados para la cobertura de la enfermedad. Aunque los nuevos artículos son con frecuencia técnicamente precisos, también han transmitido un mensaje social irreal e incluso contraproducente sobre el modo de evitar la diseminación de la infección. Reflejando sesgos conservadores, el consejo ha sido «abstente». Aunque está claro que este mensaje no se ha originado en la prensa, los periodistas, idealmente, un grupo independiente han facilitado un análisis poco crítico que hubiera podido atraer de forma temprana la atención hacia la complejidad de la modificación de las conductas para evitar la transmisión de la infección.

En la década de los noventa, la prensa se ha visto atraída hacia los conflictos, crecientes (sobre la distribución de preservativos, la educación sexual, la libre dispensación de jeringuillas nuevas y los análisis de detección del VIH). Estas controversias se describen, con frecuencia, como fundamentales (el debate sobre la práctica de los análisis en el ámbito hospitalario, por ejemplo, se convierte en la prensa en un conflicto entre la autonomía del médico y los derechos del paciente). Y el debate sobre la educación sexual se convierte en una controversia moral sobre valores irreconciliables. A pesar de la atracción por el conflicto, sin embargo, los medios de comunicación han prestado poca atención a las tensiones sociales más profundas puestas de relieve por el sida: el compromiso de la sociedad con la autonomía individual cuando los valores de la comunidad están en peligro, sobre el papel y las responsabilidades gubernamentales en lo tocante al tratamiento de la infección, sobre los intercambios comerciales entre la investigación científica y otros costosos programas y sobre una gestión racional del sistema de atención sanitaria.

La fuente es la referencia bibliográfica 25.

término de origen estadístico es frecuentemente reducido a la causa y los posibles estados futuros se definen como si fueran equivalentes al estado actual.

Los científicos utilizan palabras para indicar situaciones de regularidad y comparar normas. Comunican principalmente con un público profesional con el que comparten ciertas suposiciones y que asimilará la información de manera predecible. Los periodistas escriben para lectores diversos cuyas interpretaciones variarán en función de sus intereses, objetivos y sofisticación técnica. A la hora de seleccionar palabras por su mayor riqueza de expresión o por ser más sugerentes o por tener un

mayor atractivo gráfico, los periodistas se referirán al «gen gordo» en lugar del «marcador que puede predisponer a un individuo a la obesidad». Mientras los científicos hablan de datos acumulados, los periodistas abordan las inquietudes inmediatas de sus lectores: ¿es malo que tome sacarina, beba café o tome estrógenos?

Ideas conflictivas sobre el papel que desempeñan los medios de comunicación

Quizá la fuente más importante de tensión entre los científicos y los periodistas radique en que albergan ideas diferentes sobre el pa-

pel que desempeñan los medios de comunicación. La prolongada batalla en torno a la regla de Ingelfinger, analizada por Lawrence Altman (*The Lancet* 18 de mayo, pág. 1.382; 25 de mayo, pág. 1.459)^{6,7} refleja estas diferentes opiniones. El tema, como indica Altman, es el control de la información. Jon Turney (*The Lancet* 20 de abril, pág. 1.087)² ha documentado la opinión de los científicos sobre los medios de comunicación: consideran que la prensa es como un conducto o tubería, responsable de transmitir la ciencia al público de manera que ésta sea fácilmente entendida. Los científicos esperan poder controlar el flujo de información dirigida al público de igual modo que lo hacen en su propio ambiente. Confundiendo sus intereses particulares con las cuestiones generales sobre la responsabilidad de la prensa, son reticentes a tolerar el análisis independiente de los límites o fracasos de la ciencia o los costes o beneficios relativos de las nuevas tecnologías. Suponen que el propósito del periodismo científico es transmitir una imagen positiva; ven a los medios de comunicación como un vehículo para promocionar los logros científicos y médicos²⁷. La mayoría de periodistas, sin embargo, no se ven a sí mismos como una especie de trompeteros de la ciencia y muchos de ellos están empezando a sospechar un bombardeo publicitario promocional. Aquí están, en la década de los noventa, suscitando preguntas críticas sobre la ciencia y la tecnología: ¿cuáles son sus implicaciones sociales y éticas, quiénes son los responsables y dónde están los límites?

La creciente sensibilización sobre el impacto de los medios de comunicación está contribuyendo a las tensiones sobre los mensajes transmitidos al público. La influencia de los medios de comunicación específicos sobre las actitudes públicas es difícil de evaluar, puesto que el efecto de los mensajes difundidos por los medios de comunicación depende del contexto social en los que son recibidos²⁸. Ello puede incluir la experiencia personal o los conocimientos previos de los lectores, así como la influencia acumulada de los artículos publicados con anterioridad, las manifestaciones populares y otras fuentes de información sobre la ciencia y la medicina, tales como las series televisivas sobre médicos descritas por Joseph Turow (*The Lancet* 4 de mayo, pág. 1.240)⁴.

Sin embargo, las malas noticias científicas pueden afectar directamente a la conducta de consumo. Después del extenso tratamiento

periodístico sobre estudios dietéticos en los que se relacionaban los alimentos productores de colesterol con la coronariopatía, descendió el consumo de la carne de vacuno, los huevos y la leche entera. La cobertura periodística prestada al síndrome del shock tóxico afectó negativamente las ventas de algunas marcas de tampones. Las malas noticias también pueden ocasionar pánico e influir, por tanto, sobre la conducta de los pacientes. El tratamiento informativo de las fugas de los implantes mamarios de silicona condujo a demandas contra la cirugía reconstructora. Los artículos sobre el descubrimiento de una mutación genética que se correlacionaba con la predisposición al cáncer de mama llevaron a acudir a muchas mujeres a las consultas externas solicitando pruebas genéticas e incluso mastectomías preventivas.

El efecto de las buenas noticias se ilustró gráficamente con la notable historia del Prozac (fluoxetina). Después de un destacado artículo de portada en la revista *Newsweek*²⁹, el fármaco se convirtió en una estrella y fue tema de tratamiento, en tertulias televisadas, revistas y noticiarios, como el «fármaco del bienestar». El resultado fue un enorme incremento de las ventas de Prozac. Igualmente, después de que se publicara que el Retin-A (tretinoína) podía ser un tratamiento médico contra el envejecimiento cutáneo (citando un editorial de *JAMA*), la cotización de Johnson and Johnson subió 8 puntos en 2 días³⁰.

El tratamiento periodístico también puede influir sobre las políticas de investigación médica de manera tal que puede llegar a comprometer la autonomía de la ciencia. La publicación de las demandas de los activistas *gays* a principios de la década de los noventa contribuyó a convencer a los *National Institutes of Health* para autorizar la prescripción del fármaco antirretrovírico zidovudina (AZT) antes de la finalización de los estudios clínicos. La indignación desatada por los medios de comunicación sobre la falsificación de datos en la investigación de tratamientos alternativos del cáncer de mama obligó a la celebración de audiencias públicas ante un comité de vigilancia formado por congresistas y a la dimisión del director del proyecto. Y la exposición pública de este incidente obligó al NCI a efectuar auditorías en todas las sedes de la investigación y a reanalizar todos los datos.

La cobertura periodística también puede influir en la financiación de la investigación y, por consiguiente, en las prioridades de las in-

vestigaciones. La dramatización de la prensa sobre la parálisis infantil, en la década de los cincuenta, atrajo millones de dólares para respaldar la investigación sobre esta área. Las historias dramáticas sobre personas con sida han contribuido a la generación de fondos públicos para la investigación sobre dicho síndrome. Los artículos de amplia difusión sobre el declive del liderazgo norteamericano en lo tocante a la alta tecnología durante la década de los ochenta influyó sobre las decisiones legislativas de respaldar costosos proyectos megacientíficos. Diez años después, los informes periodísticos sobre su ineficacia contribuyeron a la retirada de las subvenciones federales. De forma similar, las numerosas historias periodísticas publicadas durante la década de los ochenta sobre la biotecnología como «el próximo milagro económico» contribuyeron a atraer capital empresarial. Unos años después, los informes sobre las inquietudes de la opinión pública que asociaba la biotecnología con riesgos ambientales y sanitarios fomentaron la precaución entre los potenciales inversores.

Los mensajes de los medios de comunicación tienen importancia. Los medios de comunicación, como observó Tim Radford (*The Lancet* 1 de junio, pág. 1.533)⁸, a menudo sirven como una forma de entretenimiento. Pero también contribuyen a la creación de suposiciones implícitas y creencias fundamentales que subyacen en las decisiones personales, las políticas públicas y las prácticas clínicas. Influyen sobre las percepciones de un público cada vez más sensibilizado frente a las implicaciones sociales y éticas de la ciencia e inclinados a cuestionar la credibilidad de los científicos y las instituciones técnicas. En la década de los noventa, los científicos están especialmente preocupados por la información y las imágenes transmitidas al público. Enfrentados a la reducción de los recursos y a las amenazas de una regulación externa, están menos dispuestos a tolerar las críticas que puedan afectar a la opinión pública³¹. Al mismo tiempo, los periodistas científicos, centrandó la atención sobre las implicaciones sociales de la investigación, están cada vez más inclinados a la crítica y a la indagación. Están suscitando adecuadamente polémicas sobre la responsabilidad y la transparencia y cuestionando las prioridades que guían las decisiones en política científica. Es previsible que las tensiones entre los científicos y los periodistas aumenten reflejando los amplios cambios en la

relación entre la ciencia y la sociedad. Dependientes unos de otros, son colaboradores precavidos en el importante negocio de la divulgación científica, del significado público de la ciencia y la medicina en un terreno cada vez más controvertido.

BIBLIOGRAFÍA

1. Time November 8, 1993.
2. Turney J. Public understanding of science. *Lancet* 1996; 347: 1.087-1.090^a.
3. De Semir V. What is newsworthy? *Lancet* 1996; 347: 1.163-1.166^b.
4. Turov J. Television entertainment and the US health-care debate. *Lancet* 1996; 347: 1.240-1.243^c.
5. Wilkie T. Sources in science: who can we trust? *Lancet* 1996; 347: 1.308-1.311^d.
6. Altman L. The Ingelfinger rule, embargoes, and journal peer review—part 1. *Lancet* 1996; 347: 1.382-1.386^e.
7. Altman L. The Ingelfinger rule, embargoes and journal peer review—part 2. *Lancet* 1996; 347: 1.459-1.463^f.
8. Radford T. Influence and power of the media. *Lancet* 1996; 347: 1.533-1.535^g.
9. Jasanoff S. *The fifth branch*. Cambridge: Harvard University Press, 1994.
10. National Institutes of Health. Report of the human embryo research panel. Bethesda, MD: National Institutes of Health, 1994.
11. Maynard-Moody S. *The dilemma of the fetus*. New York: St Martins Press, 1995.
12. Sea G. The radiation story no-one would touch. *Columbia Journalism Rev*, marzo/abril, 1994: 37-40.
13. Association of American Medical Colleges. Beyond the framework: institutional considerations in managing allegations of misconduct in research. Washington DC: AAMC, 1992.
14. Crewdson J. *Chicago Tribune* 1994, marzo 13.
15. Guston D, Keniston K. *The fragile contract*. Cambridge: MIT Press, 1994.
16. Krinsky S. *Biotechnics and society*. Nueva York: Praeger, 1991: 71.
17. Lyon L, Gornor P. *Altered fate*. Nueva York: Norton, 1995.
18. Lewenstein B. Cold fusion and hot history. *OSIRIS* (2nd series) 1992; 7: 135-163.
19. Lynch L. Twins personality studies made big splash before journal approval. *Science Writer*. Winter 1990; 15-20.
20. Culver K. Splice of Life. *The Sciences* 1993; 1: 18-24.

En letras voladas se referencian las citas bibliográficas de este artículo que también se hallan en la presente monografía: ^apágs. 25-29; ^bpágs. 11-15; ^cpágs. 37-41; ^dpágs. 51-55; ^epágs. 65-70; ^fpágs. 83-88 y ^gpágs. 97-100.

21. Cited in Dewitt, Philip Elmer. The genetic revolution. *Time* 1994; enero 17: 46-57.
22. Angier N. Scientists isolate gene that causes cancer of colon. *New York Times* 1993; Dec 3: A1.
23. Slosson EE. Talks to trustees. Quoted in Rhees D. A new voice for science (master thesis). University of North Carolina, 1979.
24. Dunwoody S. A question of accuracy. *IEEE Transactions on Professional Communication*. Diciembre 1982; 196-199.
25. Nelkin D. Selling science: how the press covers science and technology. 2.ª ed. Nueva York: WH Freeman, 1995.
26. Dan Schiller. Objectivity and the news. Filadelfia: University of Pennsylvania Press, 1991.
27. Shinn T, Whitley R, editores. Expository science. Dordrecht: D. Reidel, 1985.
28. Nelkin D, Lindee MS. The DNA mystique: the gene as a cultural icon. Nueva York: WH Freeman, 1995.
29. Cover Story. *Newsweek* 1990, marzo 26.
30. Sibbison J. Covering medical breakthroughs. *Columbia Journalism Rev* julio/agosto, 1988; 36-39.
31. Gross P, Levitt N. Higher superstition. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1995.